

FUNDAMENTOS Y PRÁCTICA
DE LA
VIDA MARIANA

Tomo III/V: CON MARÍA

J. M^a Hupperts S.M.M.

Libro original “Fundamentos y prácticas de la vida Mariana” por J. M.^a
Hupperts S.M.M, Editorial “María Mediadora”, Serie Inmacolata,
121 Boulevard de Diest, Lovaina, Bélgica. Año mariano 1953-1954.

Publicado:

I. TODO DE MARÍA: Maasmechelen, 19 noviembre 1953

II. POR MARÍA: Maasmechelen, 18 junio 1954

III. CON MARÍA: Maasmechelen, 14 marzo 1954

IV. EN MARÍA: Maasmechelen, 9 agosto 1954

V. PARA MARÍA: Maasmechelen, 5 marzo 1957

Con María

A la Inmaculada Madre de Jesús

Este modesto volumen, dulcísima Inmaculada, en este Año que te está dedicado, te es ofrecido el 25 de marzo, fiesta de tu Anunciación, esto es, de tu Maternidad divina, de tu Maternidad universal respecto del Cristo total, de Cristo Cabeza y de Cristo miembros que somos nosotros.

Este espléndido misterio es la culminación de tu Concepción Inmaculada. Este origen radiante, en efecto, te fue concedido con miras a tu sublime Maternidad y a tu colaboración íntima, universal e indisoluble con Cristo Redentor en todas sus grandezas y en todas sus obras de vivificación y de salvación.

¡Qué contentos estamos Madre, de inclinarnos hoy ante Ti para venerarte como la Inmaculada y dignísima Madre del Señor!

Y este humilde volumen querría intentar hacerte conocer como el Modelo apropiadísimo, «exemplar aptissimum», de todas las almas cristianas, a fin de arrastrarlas en tu seguimiento.

Tú eres nuestro modelo ante todo por la gran palabra central de tu vida: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra».

Esta respuesta nos entrega tu alma, escribe toda tu vida, nos revela las disposiciones más esenciales y habituales de tu alma. A esta respuesta Tú fuiste constante y heroicamente fiel.

Y esta palabra no es más que el eco de Jesús mismo, que se convierte en tu Hijo. También El acepta en esa misma hora la condición y cualidad de esclavo, haciéndose por consiguiente obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Su «Ecce» es el tipo y el modelo del tuyo: «He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad». También El no hará otra cosa en este mundo que buscar y cumplir la voluntad de su Padre.

¡Oh Cristo amadísimo y Madre querida, ojalá nosotros hagamos también de nuestra vida entera un eco débil, pero fiel, de vuestra humildad esencial en relación con Dios, que lo es Todo, mientras que nosotros, por nosotros mismos, que no somos nada; por una actitud de asentimiento constante, valiente, alegre y heroico a la voluntad del Padre, a fin de ser así, por amor y en el amor, los esclavos del Todopoderoso, de su Cristo inmortal y de su incomparable Madre!

Banneux Notre Dame, a 29 de enero de 1954.



I

Con María como modelo

En esta serie de artículos que explican la perfecta Devoción a la Santísima Virgen según la doctrina de nuestro Padre de Montfort, hemos tratado, después de exponer la Consagración misma, dos aspectos fundamentales de la vida cristiana, y mostrado cómo, en la doctrina de San Luis María de Montfort, quedan marianizadas y por lo mismo facilitados en su práctica. Para hacernos más fácil la obediencia incesante a Dios y la perfecta conformidad de nuestra voluntad con la suya, y también el abandono total a su santa Providencia, queremos vivir y obrar por María, es decir, en dependencia continua de la Santísima Virgen, y con total confianza en su omnipotente bondad.

Otro aspecto extremadamente importante y universal de la ascética cristiana consiste en disponer toda nuestra vida según modelos superiores de perfección.

Nuestro Ideal primero y supremo, en este plano como en todos los demás, es Dios mismo. En definitiva, seremos grandes y perfectos exactamente en la misma medida en que nos asemejemos a Él. «*Sed imitadores de Dios*», recomienda el Apóstol, «*como hijos amadísimos*»¹. Y Jesús mismo estableció la siguiente ley: «*Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto*»².

Este Modelo divino perfectísimo quedó humanizado y aproximado a nosotros en Cristo, el Hijo de Dios encarnado. La «imitación de Cristo» es el código de toda perfección, y debe ser la meta de todos nuestros esfuerzos, a fin de ser aceptos a Dios Padre. «*Os he dado el*

¹ Ef 5, 1.

² Mt 5, 48.

ejemplo», nos declaró Jesús mismo, «*para que, así como Yo he obrado, así obréis también vosotros*»³. Todos los demás modelos no deben atraer nuestra atención sino en la medida en que son capaces de conducirnos a la semejanza con Cristo. San Pablo, es cierto, tuvo la audacia de invitar a sus discípulos a la imitación de su vida, pero únicamente porque él se había esforzado en ser otro Cristo, y porque no era ya él el que vivía, sino Cristo en él: «*Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*»⁴.



Estas palabras se aplican maravillosamente a la santísima Madre de Jesús, y le convienen infinitamente mejor que al mismo San Pablo. Este es precisamente el deseo intenso que Ella manifiesta a sus hijos y esclavos de amor. Ella, que en su alma se asemejó a Jesús incomparablemente más que ningún otro, y que infinitamente más que San Pablo se perdió y transformó en Jesús, nos dice y repite sin cesar: «***Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo***».

Estas consideraciones nos llevan a una de las prácticas más beneficiosas de la perfecta Devoción a María: la incesante imitación de la Santísima Virgen, para llegar a ser la imagen fiel y viva de Jesús; copiar las virtudes de la Madre para llegar a la santidad del Hijo; perderse «en este molde precioso de Dios» para ser modelados en él a la semejanza fiel del Ejemplar supremo de toda perfección.

El culto de los Santos consistió siempre, según la doctrina y la práctica de la Iglesia, en invocar con confianza su protección y en imitar fielmente sus virtudes. Y especialmente en la devoción a Nuestra Señora, se ha insistido siempre en la imitación de sus virtudes. Por eso, San Luis María de Montfort está plenamente en la línea de la

³ Jn 15, 13.

⁴ I Cor 4, 16.

tradición cristiana cuando declara que *«la práctica esencial de esta devoción consiste en hacer todas las acciones **con María**, es decir, en tomar a la Santísima Virgen como el modelo acabado de todo lo que se debe hacer»*⁵.

Montfort, en su ascética mariana, asigna un amplio lugar a esta práctica. Al enumerar las cualidades de la verdadera Devoción a María, dice que, como tercera característica, debe ser *«santa, esto es, que lleve a un alma a evitar el pecado y a imitar las virtudes de la Santísima Virgen»*⁶. El quinto deber de los predestinados para con su buena Madre consiste en guardar los caminos de la Santísima Virgen, en practicar sus virtudes y en marchar por las huellas de su vida⁷. Finalmente, la segunda de las prácticas interiores de su excelente Devoción a María, prácticas que son *«muy santificantes para aquellos a quienes el Espíritu Santo llama a una elevada perfección»*⁸, es descrita como sigue: *«Es preciso, en las acciones, mirar a María como un modelo acabado de toda virtud y perfección, que el Espíritu Santo ha formado en una pura criatura, para imitar según nuestra pequeña capacidad. Es menester, pues, que en cada acción miremos cómo la hizo María, o como la haría si estuviese en nuestro lugar»*⁹.

Repasemos ahora algunos textos de los Sumos Pontífices —no nos dejaremos guiar nunca lo bastante por la autoridad doctrinal de la Iglesia para nuestra formación espiritual y moral—, textos que desarrollan las mismas ideas y prescriben la misma línea de conducta

⁵ El Secreto de María n. 45.

⁶ Tratado de la Verdadera Devoción n. 108.

⁷ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción n. 200.

⁸ Tratado de la Verdadera Devoción n. 257.

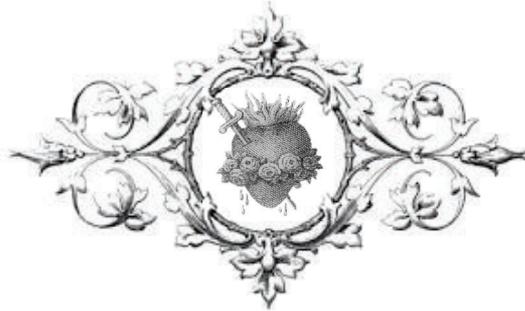
⁹ Ibid. n. 260.

que las que se desprenden de las palabras de nuestro Padre de Montfort.

En una de sus magníficas encíclicas sobre el Rosario, *Magnæ Dei Matris*, León XIII escribía: «Ved, pues, cómo la Bondad y la Providencia divinas nos muestran en María **el modelo apropiadísimo de todas las virtudes**, formado expresamente para nosotros; y al contemplarla y considerar sus virtudes, ya no nos sentimos cegados por el esplendor de la infinita majestad, sino que, animados por la identidad de naturaleza, nos esforzamos con más confianza a la imitación. Si implorando su socorro nos entregamos por completo a esta imitación, posible nos será reproducir en nosotros mismos algunos rasgos de tan gran virtud y perfección».

San Pío X, en la encíclica *Ad diem illum*, desarrollará este mismo pensamiento con términos inspirados por el «Tratado de la verdadera Devoción» de nuestro Padre, como el gran Pontífice lo reconoce más de una vez: «Porque nuestra debilidad es tal, que fácilmente nos espanta la grandeza de tan gran modelo [Jesucristo], la divina Providencia ha querido proponernos otro que, aproximándose tanto a Jesucristo cuanto es posible a la naturaleza humana, se acomode mejor con nuestra pequeñez. Este modelo es la Virgen Santísima».

Por lo tanto, mantendremos nuestras miradas fijas sin cesar en Ella, después de Cristo, para imitar sus virtudes.



II

“Modelo apropiadísimo”

Según el parecer mismo de los Papas, como hemos visto en el último capítulo, la Santísima Virgen es para nosotros un «ejemplar apropiadísimo», un modelo que nos conviene perfectamente: incluso podríamos traducir «el modelo que más nos conviene».

Debemos analizar y desarrollar un poco más esta afirmación. Para eso bastará explicar y profundizar las palabras ricas y serenas de nuestro Padre: *«Es preciso, en las acciones, mirar a María como un modelo acabado de toda virtud y perfección, que el Espíritu Santo ha formado en una pura criatura, para imitar según nuestra pequeña capacidad»*¹⁰.

«Modelo acabado»

La Santísima Virgen —y Ella sola fuera de Cristo— es un modelo **acabado** de virtud y perfección. Ella sola es totalmente bella y pura, sin arruga y sin mancha. Los demás santos, aunque sólo fuera por el pecado original, y por lo tanto por la concupiscencia y la miserable inclinación al pecado, no estuvieron exentos de faltas veniales ni de imperfecciones. Ningún santo, fuera de nuestra divina Madre, se vio libre de faltas y de debilidades. Es cierto que a menudo, al leer su vida, no lo hubiésemos pensado. Esta impresión se debe, ya al hecho de que sus biógrafos no conocieron esta vida en todos sus detalles, ya porque siguen la costumbre, poco afortunada, de la mayoría de los biógrafos, que quieren canonizar cueste lo que cueste a sus héroes en sus menores acciones, en todas sus actitudes sin excepción, lo cual es más bien desalentador para sus lectores. Con la santísima Humanidad de Jesús —absolutamente impecable por su unión

¹⁰ Tratado de la Verdadera Devoción n. 260.

hipostática con la divinidad—, su santísima Madre es la única que haya vivido sin la menor falta, sin la más mínima imperfección. Y no es menos cierto que la Madre de Dios, la Corredentora del género humano, la Mediadora de todas las gracias y la Santificadora de las almas, la que recibió la gracia en su plenitud y respondió siempre a ella con total generosidad, la que es Reina de los Santos y más elevada en santidad y perfección que los todos los bienaventurados juntos, practicó todas las virtudes teologales y morales en el grado más excelente y elevado.

«De toda virtud y perfección»

Nuestra divina Madre es también, según Montfort, un modelo de **toda** virtud y perfección, lo cual quiere decir que Ella es un modelo completo, que en todas circunstancias podemos tener ante los ojos. Muchos santos, que fueron eminentes en tal o cual virtud, no tuvieron la ocasión, por las circunstancias en que vivieron, de hacer resaltar muchas otras cualidades espirituales. San Luis Gonzaga, por ejemplo, patrón de la juventud, servirá difícilmente de modelo al misionero, como Santa Teresita del Niño Jesús al sacerdote en su ministerio o a los cristianos que viven en el mundo. También aquí la Santísima Virgen se revela como «un modelo conveniente en todo» para nosotros, porque, merced a los designios de la divina Sabiduría, Ella pasó por estados de vida tan múltiples, por circunstancias tan diversas, y vivió acontecimientos exteriores e interiores tan divergentes, que sería difícil imaginar una situación exterior o interior —dejando de lado, naturalmente, el pecado—, en la que no pudiésemos encontrar algo equivalente en la vida de Nuestra Señora, y por lo tanto un modelo de disposiciones perfectísimas, que corresponda a estas situaciones.

La santísima Madre de Jesús, ¿no es acaso un modelo apropiado a la vez para las **vírgenes**, para las **esposas cristianas** y para las **madres**, incluso para las piadosas **viudas**, puesto que Ella misma conoció

todos estos estados de vida y los santificó del modo más admirable? Los **grandes** de este mundo, los poderosos de este siglo, pueden tomarla como ejemplo, pues Ella era de descendencia real y de dignidad divina; y también los **humildes y los pobres**, puesto que Ella llevó una existencia muy modesta y escondida. El **cristiano que vive en el mundo** ve santificada y transformada por Ella su vida de cada día; el **religioso** admira en Ella la realización espléndida de su ideal; el **sacerdote** venera en Ella a Aquella que participa, de modo aún más excelente que él, del poder sacerdotal de Cristo, de sus disposiciones y de sus sentimientos como Pontífice. Ella es un modelo de *humildad* y de *magnanimidad*, tanto en los sufrimientos más crueles como en los gozos más elevados; Ella es un *amor* vivo por Dios y por las almas, pero al mismo tiempo un *odio* vivo contra Satanás y contra el pecado; la mujer más *dulce* y *afable*, pero también la *combatiente* más invencible que jamás haya seguido el estandarte de Cristo.

«En una pura criatura»

Añádase a esto que este modelo acabadísimo de la perfección más completa y variada nos es ofrecido **en una humanidad pura**, lo cual es ciertamente una ventaja para nuestra pobre naturaleza humana, tan débil y tan frágil, ventaja que además ha sido resaltada por los Papas León XIII y San Pío X en los textos ya citados. Nuestros pobres ojos humanos quedan deslumbrados por el esplendor infinito del Sol de Justicia. *«Como una cortina beneficosa, Ella templa su brillo. Esta dulce Madre hace más accesibles para nosotros la Verdad o la Santidad infinitas. Ella atenúa sus contornos, reproduciéndolos tan fielmente en sí misma, que después del Verbo encarnado, Ella es el espejo más perfecto de la Belleza de Dios».*

El artista no intenta plasmar sobre la tela el sol en la plena gloria de su mediodía. Pero cuando el esplendor del sol queda captado y reflejado en la dulce luz de la luna, el pintor trata de reproducir esta luz suavizada y como tamizada. Lo que queremos hacer nosotros es

imitar y copiar a María, totalmente transformada en Jesús por la gracia. María es para nosotros, como lo decía el Padre Poppe, «*un Jesús más imitable*». También en este orden de cosas, Dios ha querido que por María y por Jesús nos remontemos hacia El por grados, de una manera adaptada a nuestra debilidad humana: ser copias vivas de María, a fin de «*llegar a ser conformes a la imagen de Jesús crucificado*», y así «*hacernos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto*».

«Según nuestra pequeña capacidad»

A veces nos han hecho la siguiente observación u objeción: «Nos es imposible hacer la menor acción exactamente como la hizo la Santísima Virgen».

Y es cierto en un sentido. Pero eso no es un motivo para no apuntar a la semejanza con nuestra divina Madre «*según nuestra pequeña capacidad*».

Es posible, si tomamos cada acción aparte, hacerla con la misma perfección negativa que nuestra divina Madre, esto es, excluyendo de ella todo pecado y toda imperfección, y no admitiendo deliberada y voluntariamente nada que sea culpable.

Bajo su aspecto positivo, las acciones de la Santísima Virgen serán siempre incomparablemente superiores a las nuestras. Y es que el valor sobrenatural de una acción se mide principalmente por el grado de gracia santificante con que la hacemos, y por la intensidad y la energía con que la voluntad, a través de esta acción, adhiere al bien, lo busca y lo persigue. Ahora bien, la gracia de Nuestra Señora supera de lejos la de todos los ángeles y hombres juntos, y Ella adhirió al bien, esto es, a Dios, con un vigor y un ardor que jamás podrán ser igualados; de modo que «*Ella dio más gloria a Dios por la menor de*

sus acciones..., que todos los santos por sus acciones más heroicas»¹¹. Pero podemos siempre, en la medida de nuestros pobres medios, apuntar aquí a la semejanza con Ella, fortificando sin cesar la gracia santificante en nosotros, y haciendo crecer nuestro amor por Dios y por todas las cosas divinas.

¡Fuera todo orgullo y toda suficiencia; pero fuera también toda pusilanimidad y todo desaliento! María, nuestro Modelo, por su elevación incomparable, nos conservará en el sentimiento de nuestra nada y de nuestra miseria, y por su accesibilidad humana nos preservará del abatimiento y del desánimo.

Por eso, contemplémosla sin cesar como nuestro ejemplar y como nuestro Ideal. Y reconfortemos nuestra debilidad repitiendo continuamente: *«Atráenos, Virgen Inmaculada: corremos detrás de Ti al olor de tus perfumes»¹².*



¹¹ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción n. 222.

¹² Oficio de la Inmaculada Concepción.